

EL PAPEL DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL EN EL FORTALECIMIENTO DE UNA SOCIEDAD DEMOCRÁTICA *

Fernando ROSPIGLIOSI

* La versión original de este artículo fue presentada en el II Seminario Iberoamericano sobre Medios de Comunicación y Sociedad Democrática, Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, 25 y 26 de agosto de 1997.

En muchos países se dice ahora que los medios de comunicación están sustituyendo a los partidos políticos y a las instituciones y que, por tanto, están debilitando la democracia. La afirmación es discutible, pero no cabe duda que el papel de los medios y su relación con los partidos y las instituciones están cambiando.

El debilitamiento de los partidos políticos y el aumento de la desconfianza ciudadana en muchas instituciones de la democracia, han sobrevenido paralelamente al crecimiento de la importancia, la cobertura y la influencia de los medios de comunicación. Ya nadie duda de la magnitud de la revolución de la comunicaciones, particularmente de la omnipresencia de la TV.

En algunos lugares se piensa que los medios pueden poner o quitar presidentes. En Brasil se dijo que la poderosa cadena de TV *O Globo* le dio el triunfo a Fernando Collor de Mello en 1990. Ese mismo año, el gerente de la cadena de TV más importante del Perú le comentó a un periodista que ellos iban a hacer presidente a Mario Vargas Llosa. Sin embargo, no tuvo tanta suerte como sus colegas brasileños, lo cual muestra que en algunas oportunidades las expectativas respecto al poder de los medios son exageradas. No obstante, no se puede negar la trascendencia de *Televisa* en la elección de Ernesto Zedillo en México, en 1994, y la aplicación de sofisticados métodos de manipulación que han sido analizados en detalle¹. El éxito

1 Ver Oppenheimer, Andrés, *En la Frontera del Caos. La crisis mexicana de los noventa, el efecto tequila y la esperanza del nuevo milenio*. Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1996.

político que alcanzó el controvertido magnate de la televisión italiana, Silvio Berlusconi, derrotando a los tradicionales partidos políticos de la península, ha avivado la polémica sobre el papel de los medios en la democracia y ha mostrado que no sólo en países tercermundistas los partidos pueden ser desplazados por nuevos caudillos que sustentan su poder en los medios.

Otra manifestación de la importancia que se asigna a los medios es lo ocurrido recientemente en el Perú. En mayo del 2000, el oponente del reeleccionista presidente peruano Alberto Fujimori, Alejandro Toledo, decidió no participar en la segunda vuelta electoral alegando fraude y denunciando el control absoluto de la TV de señal abierta por el gobierno, lo cual no permitía, en su opinión, elecciones limpias y justas².

¿El cuarto o el primer poder?

La historia del problema es antigua. La frase de Thomas Babington Macaulay, señalando a los periodistas que cubrían las informaciones del Parlamento inglés en el siglo XIX como el cuarto poder, junto al Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial, se ha transformado hoy día en una suerte de acusación contra los medios, que estarían asumiendo funciones que no les corresponden, para las cuales no están preparados ni han sido elegidos.

2 El acceso a los medios, en particular a la TV, fue un tema central de discusión en esas cuestionadas elecciones. Al respecto, la Misión de Observación Electoral de la OEA, presidida por el ex Canciller de Guatemala Eduardo Stein, señaló antes de la primera vuelta que “A pesar de algunos intentos iniciales, no se ha constatado un avance sustancial en la adopción de medidas tendentes a producir un acceso equitativo y sin condicionamientos a los medios de comunicación por parte de todas las agrupaciones políticas participantes en la contienda electoral, elemento fundamental para asegurar a la población votante información amplia y diversa sobre las propuestas y posiciones en contienda, así como su debate abierto entre candidatos y analistas” (Boletín N° 2, 17.3.00). Y cuando la Misión se retiró del Perú, antes de la segunda vuelta, considerando que no habían condiciones para una elección libre, limpia y justa, señaló que lo hacía entre otras razones porque “La MOE/OEA lamenta, igualmente, la forma en que se planteó esta contienda electoral, que privó al pueblo peruano de la posibilidad de contar con una oferta plural sobre propuestas de gobierno, transformando el debate en una verdadera “guerra sucia” (Boletín N° 12, 25.5.00).

Si esto fuera cierto, la importancia de los medios para el fortalecimiento o debilitamiento de la democracia sería decisivo. Pero ¿es realmente así? ¿Los *medios* han dejado de ser eso, medios, para convertirse en actores con fuerza aplastante en las sociedades modernas? Y si es así ¿lo han hecho adrede?

En algunas interpretaciones extremas, los medios han contribuido conscientemente a desprestigiar instituciones de la democracia para tomar el poder de éstas. El Parlamento sería un caso típico.

Las imágenes de congresistas durmiendo o enfrentándose a golpes, que hacen las delicias de fotógrafos y camarógrafos, son ejemplos clásicos usados para fundamentar esa tesis. Los medios, se dice, destacan adrede conductas negativas singulares y las generalizan.

Si bien eso muchas veces es cierto, parece exagerado atribuir a los medios un rol decisivo en la decadencia de ciertas instituciones de la democracia, cuyo desprestigio obedece a razones más profundas, que son objeto de intensos debates en la ciencia política.

Lo que no puede negarse es que en algunos casos, como en el de los Parlamentos, las transmisiones de la TV pueden influir de manera significativa en la modificación de la percepción que tienen los ciudadanos de sus representantes; y también que la presencia de las cámaras afecta decisivamente el comportamiento de los propios parlamentarios que hablan más para ser escuchados y vistos por la TV que por sus colegas.

Eso podría haber contribuido a desprestigiar a los Congresos, percibidos muchas veces como lugares donde se pierde el tiempo en discusiones largas e intrascendentes. Sin embargo, como contrapartida puede argumentarse que la TV —y la radio— ha logrado el sueño de un demócrata: permitir que casi todos tengan acceso a los debates de sus representantes. Desde los

tiempos de la democracia griega, en que los ciudadanos se reunían en el ágora para discutir sus problemas, no se lograba un ingreso de la población –en esa magnitud– a los debates de sus representantes.

Podría argumentarse también que en ese caso, la transmisión directa de las sesiones parlamentarias, la TV y la radio son absolutamente neutrales y sólo reflejan exactamente lo que allí ocurre, a diferencia de lo que viene haciendo la prensa desde hace dos siglos: resumir la discusión y, por tanto, eventualmente filtrar la información de acuerdo a intereses particulares (lo mismo que los noticiarios de la TV)³.

Salvo excepciones, difícilmente puede atribuirse a los medios intenciones protervas cuando difunden imágenes perjudiciales a las instituciones, como el Parlamento. Puede ser que actúen con irresponsabilidad, buscando situaciones que salgan de lo común y que por tanto atraigan la atención del público, pero sólo en contadas ocasiones hay una intencionalidad destructiva⁴.

En suma, la revolución de las comunicaciones ha coincidido con el desprestigio de ciertas instituciones de la democracia y suele atribuirse a los medios gran parte de la responsabilidad en

3 Lo que si parece fuera de duda es que “estamos siendo partícipes de un cambio de paradigma del periodismo político: abandonó su rol de observador y pasó a ser intérprete”. Priess, Frank, “Del mitin político a las cámaras de TV: la nueva cara de las campañas electorales en Latinoamérica”, en: Josef Thesing y Frank Priess (Editores), *Globalización, Democracia y Medios de Comunicación*. Konrad Adenauer Stiftung-Ciedla, Buenos Aires, 1999, p. 284.

4 Es, por ejemplo, el caso del Perú entre julio de 1990 y abril de 1992. Desde que llegó al gobierno el presidente Alberto Fujimori se asoció con un grupo de militares golpistas y contribuyó sistemáticamente a desacreditar –con la ayuda consciente o inconsciente de algunos medios– al Parlamento, los partidos políticos y el Poder Judicial, preparando el terreno para el golpe que les permitió hacerse de todo el poder y controlar esas instituciones. Pero aún en este caso extremo, la campaña de Fujimori y los militares sólo pudo tener éxito debido al desprestigio preexistente de esas instituciones.

ese descrédito, acusándoseles de socavar sus bases. Sin embargo, al lado de los factores negativos que puede comprobarse en el desempeño de los medios, hay elementos positivos que los compensan largamente, como las posibilidades de acceso directo a los debates de audiencias amplísimas que antes no tenían manera de enterarse de esas discusiones.

No cabe duda, tampoco, que la revolución de las comunicaciones jugó un papel indiscutible en el derrumbe de los totalitarismos en la URSS y Europa Oriental y, por tanto, a la extensión de la democracia. So riesgo de quedarse estancados tecnológicamente, los gobiernos comunistas se vieron obligados a propiciar una apertura informativa que contribuyó de manera decisiva a su caída. El Muro de Berlín y la cortina de hierro podían impedir el tránsito de personas de un lugar a otro, pero no limitaban el acceso de los súbditos de Alemania Oriental a las ondas de la TV de su vecina Occidental.

Es sintomático el intento del gobierno comunista de China por impedir que su población tenga acceso libre a Internet y los noticieros de TV extranjeros, estableciendo toda clase de trabas y controles. Para ello ha conseguido la anuencia o complicidad de algunos magnates de los medios. Un ejemplo es lo que hizo Rupert Murdoch, que adquirió participación en Star-TV, que cubre Asia vía satélite y que para “asegurarse el mercado chino, cedió ante la presión del gobierno de aquel país y excluyó de la oferta de canales, al BBC World Service, difundido una vez por Star-TV. Pleitesía política que se rinde a un gobierno temeroso del libre flujo de las informaciones, autocensura practicada en interés del lucro”⁵.

Las nuevas tecnologías han influido, sin duda, en las formas de hacer política. El triunfo de John Kennedy sobre Richard

5 Scharlau, Winfried, “Medios de comunicación, globalización y democracia”, en: Josef Thesing y Frank Priess (Editores), *Globalización, Democracia y Medios de Comunicación*. Konrad Adenauer Stiftung-Ciedla, Buenos Aires, 1999, p. 416.

Nixon en 1960 se atribuye a su victoria en el famoso debate televisado que sostuvieron. Hoy día las campañas electorales en la mayor parte del mundo son desarrolladas en función de la televisión. Los mítines y actos públicos muchas veces sólo cuentan en razón de su impacto en la TV.

Igual ocurrió antes con la radio. El presidente Franklin D. Roosevelt la usó magistralmente para comunicarse cada semana con el pueblo norteamericano, y fue reelegido tres veces. En la otra orilla, Adolfo Hitler probablemente nunca hubiera alcanzado el nefasto poder que logró sin la radio.

La tecnología de las comunicaciones tiene, pues, un impacto decisivo en la vida política. Pero de allí no se deduce que eso les dé a los operadores de los medios la capacidad para manipular impunemente a la opinión pública.

Nuevas relaciones entre partidos y medios

“*Las elecciones se deciden en los medios.* Esta frase, bastante usual entre políticos alemanes, se escucha con creciente frecuencia también en América Latina. En este proceso, la figura del militante pierde fuerza, las movilizaciones masivas y las campañas callejeras caen en el olvido”, dice Frank Priess al analizar las transformaciones de las campañas políticas en Latinoamérica⁶. En este escenario, los partidos decaen y la política se personaliza.

A juzgar por lo que constata Priess, los políticos se han dado cuenta rápidamente de la importancia que tienen los medios para conseguir sus objetivos y están actuando en consecuencia. Pero los cambios que motivan esta nueva situación son profundos:

una creciente fragmentación de las sociedades, al disolverse los vínculos tradicionales; una disgregación del entorno social surgido

6 Priess, Frank, *ibid.*, p. 279.

hace cientos de años, con consecuencias sobre las ataduras partidarias heredadas; un comportamiento electoral pragmático de los nuevos sectores medios, lo que provoca una mayor proporción de votantes independientes; una desconfianza generalizada hacia las grandes organizaciones y hacia “los” políticos⁷.

Desde otro ángulo, el debilitamiento de los partidos ha sido atribuido a diversos factores entre los que se pueden señalar:

- La pérdida de funciones del Estado y, en algunos casos, los procesos de desinstitucionalización.
- Triunfo del mercado y la ideología neo liberal.
- El aumento del desempleo, la pobreza urbana, la migración.
- Intervención de actores externos, como organismos multinacionales (FMI, BID, BM) y países o grupos de países (EE.UU., Unión Europea).
- El derrumbe del comunismo y el fin de la guerra fría⁸.

A lo cual hay que añadir la exacerbación de fallas propias de los partidos, amplificadas a veces por los fracasos de las políticas económicas y el aumento de la pobreza:

- Corrupción percibida por los ciudadanos, sobre todo en épocas de graves dificultades económicas, como una de las causas de sus miserias.
- Clientelismo usado en tal magnitud que suscita fuertes rechazos de la población no involucrada.

7 *Ibid.*, p. 280.

8 Ver Landi, Oscar, “Outsiders, nuevos caudillos y media politics”, en: Carina Perelli, Sonia Picado, Daniel Zovatto (Compiladores), *Partidos y Clase Política en América Latina en los 90*, IIDH-CAPEL, San José, Costa Rica, 1995, p. 208.

- Luchas internas por el poder, faccionalismo, que al hacerse públicas refuerzan la percepción de los políticos como seres ávidos de poder que sacrifican todo –incluyendo los intereses del país y los electores– por disfrutar del poder.
- Reemplazo de los “políticos tradicionales” por los “tecnócratas”, menos propensos a responder a las demandas y expectativas de la población.

Como puede apreciarse fácilmente, varios de los elementos presentados en esta corta relación –podría ampliarse–, están presentes en todas las crisis que han afectado a los sistemas políticos en América Latina durante los últimos años, contribuyendo a debilitar a los partidos y a las democracias del continente, poniendo a algunas al borde del abismo o simplemente despeñándolas, como ha sucedido en Perú, Venezuela, Ecuador y Paraguay. ¿Esos problemas pueden acaso ser atribuidos a los medios de comunicación? Quizás la amplitud de la difusión que han alcanzado algunos de esos vicios, haya contribuido a profundizar la insatisfacción ciudadana –eso se discutirá más adelante–, pero no podría atribuirse al medio la responsabilidad, sino a los causantes y responsables de la corrupción, el clientelismo, el faccionalismo, etc.

Paralelamente a estos fenómenos se ha producido el de la revolución de las telecomunicaciones. Para Daniel Bell estamos asistiendo a la cuarta gran revolución comunicativa de la humanidad, la revolución de las telecomunicaciones, una de cuyas expresiones visibles es la expansión de la influencia de la TV, pero que es muchísimo más amplia (transistores, Internet, satélites, fax, teléfonos celulares, etc.). Las tres anteriores fueron la del lenguaje, la escritura y la imprenta⁹.

9 Muñoz Alonso, Alejandro, *Política y nueva comunicación. El impacto de los medios de comunicación de masas en la vida política*. Fundesco, Madrid, 1989, p. 13.

En relación a eso y para efectos del tema de este trabajo, hay dos factores que cabe mencionar. Uno, que como sostiene Oscar Landi, “no estamos en una sociedad *con* medios de comunicación, estamos en una sociedad *de* la comunicación”¹⁰.

El segundo, que como ha señalado Muñoz Alonso, la televisión es en realidad “el único medio de masas de nuestra época”¹¹. Las estadísticas en todas partes muestran constantemente un descenso de la lectoría de diarios y un aumento de las horas que las personas pasan frente a la pantalla de TV¹².

Este predominio de la TV habría producido un proceso degenerativo de la política y de las campañas electorales, donde los ciudadanos deciden la suerte de los gobiernos. Así “las contiendas electorales se transforman cada vez más en contiendas televisivas, en las que el debate intelectual en torno a los temas de interés pierde importancia. Las emociones copan la escena, y cuanto más se conmueve la gente con un político o un tema en particular, tanto mayor será su convencimiento en ese tema”¹³.

Esta escéptica percepción sobre el predominio que ha adquirido la TV en la vida política actual se sintetiza en la siguiente pregunta: “¿qué tan lejos llegaremos con una sociedad que depende más de sus emociones que de sus razonamientos y que posee un espectro de la realidad irrelevante desde el punto de vista racional?”¹⁴.

10 Landi, Oscar, *loc. cit.*

11 Muñoz Alonso, Alejandro, *op. cit.* p. 17.

12 Ver por ejemplo Keane, John, “Lo público en la era de la abundancia comunicativa”; Giuseppe Richeri “Medios de comunicación y opinión pública”, en: Miguel Giusti y María Isabel Merino (Editores), *Ciudadanos en la Sociedad de la Información*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1999.

13 Rutz, Michael, “Duelo en la televisión”, en: Josef Thesing y Frank Priess (Editores), *ibid.*, p. 176.

14 Rutz, Michael, *ibid.*, p. 177.

Este punto de vista es compartido, sin duda, por muchos políticos y por un amplio espectro de analistas, intelectuales y ciudadanos. “Las emociones copan la escena”, dice en el texto citado Michael Rutz. ¿Y cómo era antes? ¿La racionalidad predominaba en la política y en las campañas electorales? Recordemos lo que era el gran escenario antes de la TV, las plazas públicas, los mítines políticos. ¿Tenían éxito los racionales o los que apelaban a las emociones? ¿Cómo se hizo famoso Adolfo Hitler, como llegó al poder, como cautivó y condujo a las masas, con discursos racionales o emotivos e irracionales? Y eso no ocurrió en un atrasado país africano o latinoamericano, sino en la muy culta Alemania.

Es verdad que el de Hitler puede considerarse un caso extremo, lo cual es cierto, pero no por eso deja de tener valor el ejemplo. Lo cierto es que en ese aspecto las cosas no eran muy distintas antes que ahora. La diferencia es que ahora el público al que se dirige el político es muchísimo más amplio que el que se alcanzaba antes, y el ambiente que se crea en la plaza pública está ausente de la habitación donde se ubica el televisor. Pero las lacras de la televisión no pueden llevarnos a idealizar el pasado.

Lo cierto es que la revolución de las comunicaciones ha cambiado al mundo y las percepciones que de él tenemos, y que en esa transformación muchos esquemas y paradigmas de una época muy reciente, que muchos hemos vivido, se han derrumbado. Para algunos políticos el cambio ha sido traumático y no han podido adaptarse. La pregunta es si en realidad ¿hay una degradación de la política que hoy es superficial e irracional o si en verdad no ha ocurrido un cambio sustantivo en ese terreno y sólo se han modificado las formas y los escenarios? O, incluso, si no han habido avances muy positivos al multiplicarse los medios a disposición del ciudadano y al ampliarse decisivamente la cobertura de la población incorporada al alcance de los debates políticos.

Una respuesta demoledoramente escéptica y de negativa valoración de los cambios es la de Giovanni Sartori.

Una nueva especie: el *homo videns*

El profesor Giovanni Sartori, uno de los más prominentes científicos políticos de nuestro tiempo, ha formulado una teoría provocadora: “la tesis de fondo es que el vídeo está transformando al *homo sapiens*, producto de la cultura escrita, en un *homo videns* para el cual la palabra está destronada por la imagen”¹⁵.

Para Sartori este es un hecho tremendamente negativo pero inevitable. Específicamente, Sartori sostiene que la TV ha transformado los procesos políticos y ha adquirido un influencia determinante y nefasta: “La democracia ha sido definida con frecuencia como un gobierno de opinión y esta definición se adapta perfectamente a la aparición de la video-política. Actualmente el pueblo soberano “opina” sobre todo en función de cómo la televisión le induce a opinar. Y en el hecho de conducir la opinión, el poder de la imagen se coloca en el centro de todos los procesos de la política contemporánea”¹⁶.

En esta nueva manera de crear opinión, se usan –afirma Sartori– mecanismos aparentemente democráticos pero en realidad perversos: “Cuando se dicen en la pantalla, las estupideces crean opinión: las dice un pobre hombre balbuceando a duras penas, y al día siguiente las repiten decenas de miles de personas”¹⁷.

Finalmente, en lo que se refiere a las consecuencias en los partidos, sostiene que

15 Sartori, Giovanni, *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Taurus, Madrid, 1998, p. 11.

16 Sartori, *op. cit.*, p. 66.

17 Sartori, *op. cit.*, p. 76.

los efectos de la video política tienen un amplio alcance. Uno de esos efectos es, seguramente, que la televisión *personaliza* las elecciones... La video política tiende a destruir –unas veces más, otras menos– el partido, o por lo menos el partido organizado de masas que en Europa ha dominado la escena durante casi un siglo... La video política reduce el peso y la esencialidad de los partidos y, por eso mismo, los obliga a transformarse¹⁸.

En opinión de Sartori, entonces, la TV ha jugado un rol decisivo en la crisis de los partidos. Sin embargo, esta teoría es discutible y hay quienes opinan que en realidad son los fenómenos sociales y económicos señalados antes, los principales responsables del debilitamiento de los partidos. La TV, además, ha desempeñado un papel enormemente positivo –como se ha señalado anteriormente– al permitir que muchas personas que en el pasado no tenían acceso al debate político, lo tengan ahora y que la cantidad de información disponible se haya incrementado abrumadoramente.

De lo que parecen haber pocas dudas es que la política se ha personalizado, y ahora “el candidato es más importante que el partido”¹⁹. Esto significa que “forma parte de las nuevas realidades políticas la creciente debilidad de las instituciones políticas, en particular de los partidos” y que “las campañas electorales pueden ser ganadas o perdidas en la televisión”²⁰.

Esta constatación lleva a otro problema, que también es muy antiguo pero que cobra redoblada importancia, y es el del financiamiento de las campañas electorales. Pues si una campaña puede ganarse o perderse en la TV, y el acceso a ese medio es muy caro, aquellos que no poseen los recursos económicos

18 Sartori, *op. cit.*, p. 107, 109, 110.

19 Radunzki, Peter, “Management de la comunicación política. La americanización de las campañas electorales”, en: Josef Thesing y Frank Priess (Editores), *ibid.*, p. 181.

20 Radunzki, Peter, *ibid.* p. 182 y 183.

podrían quedar fuera del juego simplemente por carencia de dinero. El remedio que se ha aplicado a esa enfermedad es la reglamentación del uso de la TV, la distribución de espacios gratuitos o la subvención estatal, la limitación en la recaudación de fondos y otros²¹.

Finalmente, otro tema mencionado por Sartori es el de la calidad –o catadura– de los propietarios de las cadenas de TV. Según Sartori, depositar mucho poder en la TV equivale a “otorgar mucho poder a un chimpancé”, debido al nivel intelectual y profesional de los propietarios y conductores de las estaciones de TV²². Este es un tema relevante, aunque quizás no por el nivel de funcionamiento de las neuronas de los propietarios, sino por su lógica de ganancias, *rating* y entretenimiento, que es diferente a la lógica de los antiguos y tradicionales dueños y editores de periódicos y revistas, que eran casi siempre periodistas y cuyo negocio era vender noticias. Por tanto estaban interesados en la objetividad, veracidad, seriedad y credibilidad de sus diarios, además de los valores y la ética periodística que tenían. En ese sentido, son ejemplares los casos de grandes periódicos norteamericanos propiedad de familias, como el *New York Times* y *Washington Post*, y de muchos diarios y revistas de América Latina.

En los últimos años muchas cosas están cambiando, y el predominio de gigantescos conglomerados del entretenimiento y la información han modificado radicalmente el mapa de los medios. El problema reside en que, como se ha mencionado, la lógica de los dueños o los gerentes de las corporaciones es distinta, y son cada vez más frecuentes casos como los de Rupert Murdoch –citado antes– al que no le importa sacrificar la libre información en aras de penetrar a un mercado que le puede

21 Ver Del Castillo, Pilar y Daniel Zovatto (Editores), *La financiación de la política en Iberoamérica*. IIDH-CAPEL, San José de Costa Rica, 1998.

22 García H., Arturo, “La opinión pública, avasallada por un videopoder fantasma y no democrático”, *La Jornada*. México, 4.11.98.

proporcionar ingentes ganancias. De todas maneras, habría que mencionar que si bien éste es un problema nuevo y grave, antes también hubo algo similar. Si no, basta recordar el papel jugado por el magnate de la prensa norteamericana, William Randolph Hearst, que manipulaba la información de acuerdo a sus intereses, según los críticos, y que a fines del siglo XIX atizó –según algunos inventó– la guerra contra España para arrebatarse Cuba.

Sensacionalismo y libertad de prensa

Una crítica común que se hace a los medios en muchos países es que están dirigidos por personas inescrupulosas cuyo único objetivo es hacer dinero vendiendo más ejemplares u obteniendo mayor audiencia. Eso es verdad en algunos casos y la competencia desenfrenada lleva en ocasiones a exagerar o simplemente falsificar los hechos para ganarle a los rivales.

Se reprocha también a los medios de comunicación su reticencia a rectificar los errores que perjudican, a veces injustamente, a personas e instituciones.

Sin embargo, estos problemas son por lo general insalvables y es un costo que hay que pagar para mantener las libertades de prensa y de expresión.

La existencia de medios de comunicación denominados “amarillos” o sensacionalistas es difícil de evitar. Eliminarlos mediante prohibiciones legales o represión es un remedio peor que la enfermedad, porque en ese caso **alguien** tiene que decidir cuándo un medio de comunicación es sensacionalista y cuándo no. En algunos casos puede ser obvio, pero en otros no. La línea que separa uno de otro puede ser muy tenue. Ese **alguien** puede equivocarse o actuar simplemente de mala fe.

En países de democracias incipientes, la tentación de suprimir a los medios críticos y/o de la oposición, hace que fácilmente

te se puedan usar disposiciones legales restrictivas para eliminar la prensa incómoda.

De hecho, un país con una democracia sólida y longeva, Gran Bretaña, tiene la que es probablemente la prensa sensacionalista más estridente y exitosa del mundo. Ellos prefieren eso al establecimiento de restricciones que amenacen una de las libertades básicas para el funcionamiento de la democracia.

Precisamente analizando el caso de la prensa amarilla británica, Mario Vargas Llosa ha planteado claramente el problema:

El periodismo escandaloso, amarillo, es un perverso hijastro de la cultura de la libertad. No se lo puede suprimir sin infligir a ésta una herida acaso mortal. Como el remedio sería peor que la enfermedad, hay que soportarlo, como soportan ciertos tumores sus víctimas, porque saben que si trataran de extirparlos podrían perder la vida. No hemos llegado a esta situación por las maquinaciones tenebrosas de unos propietarios de periódicos ávidos de ganar dinero, que explotan las bajas pasiones de la gente con total irresponsabilidad. Esto es la consecuencia, no la causa.

La raíz del fenómeno está en la banalización lúdica de la cultura imperante, en la que el valor supremo es ahora divertirse, entretenerse, por encima de toda otra forma de conocimiento o quehacer. La gente abre un periódico –va al cine, enciende la televisión o compra un libro– para pasarlo bien, en el sentido más ligero de la palabra, no para martirizarse el cerebro con preocupaciones, problemas, dudas. No: sólo para distraerse, olvidarse de las cosas serias, profundas, inquietantes y difíciles, y abandonarse, en un devaneo ligero, amable, superficial, alegre y sanamente estúpido. ¿Y hay algo más divertido que espionar la intimidad del prójimo, sorprender al vecino en calzoncillos, averiguar los descarríos de fulana, comprobar el chapoteo en el lodo de quienes pasaban por respetables y modélicos?

La prensa sensacionalista no corrompe a nadie; nace corrompida, vástago de una cultura que, en vez de rechazar las groseras intrusiones en la vida privada de las gentes, las reclama, porque ese

pasatiempo, olfatear la mugre ajena, hace más llevadera la jornada del puntual empleado, del aburrido profesional y la cansada ama de casa²³.

En suma, no es bueno que exista prensa sensacionalista y a veces es difícil soportar su presencia, pero el costo de suprimirla es demasiado alto e implica una amenaza real y concreta a la libertad de prensa y expresión. La existencia de dispositivos legales en el código civil sancionando la calumnia y la difamación, los comités de ética periodística y la madurez del público son, finalmente, los mejores frenos y límites para la proliferación de medios de comunicación “amarillos”²⁴.

Relaciones conflictivas de gobiernos y medios

La tendencia de los gobiernos ha sido siempre controlar y/o limitar a los medios. La primera gran revolución, la imprenta, trajo consigo la censura y el otorgamiento de licencias previas de parte de los gobiernos, como mecanismo para impedir la circulación de textos adversos. Hoy día, los Estados se reservan formas de controlar la difusión de las ondas radiales y de TV.

El hecho es que siempre ha existido una situación de tensión entre los medios y los gobiernos, en razón que los medios constituyen una instancia de fiscalización.

23 Vargas Llosa, Mario, “Nuevas inquisiciones”, *El País*. España, 30.4.99. Es un artículo publicado en 1998, que ganó en España el premio de periodismo “José Ortega y Gasset” y fue reproducido.

24 El caso de la prensa sensacionalista, que por lo general se ocupa de temas de sexo y violencia, es distinto, por cierto, de lo que hicieron los servicios de inteligencia en el Perú, que sobornaron a media docena de periódicos amarillos –después crearon otros más– y los usaron para difamar y calumniar sistemáticamente, durante dos años y medio, a políticos opositores de Alberto Fujimori y periodistas independientes, produciendo miles de titulares injuriosos. Esas prolongadas –e impunes– campañas tuvieron, según los analistas y los observadores internacionales, efectos decisivos en las elecciones de abril del 2000.

Los fundadores de la democracia norteamericana lo comprendieron a cabalidad, por lo que la Primera Enmienda a la Constitución, aprobada junto con otras nueve en 1791, dice:

El Congreso no legislará respecto al establecimiento de una religión o la prohibición del libre ejercicio de la misma; **ni pondrá cortapisas a la libertad de expresión o de prensa...** (Destacado del autor)

Se entendía que la libertad de prensa es fundamental para posibilitar la existencia de las otras libertades.

Un aspecto significativo de las relaciones de los medios con la política, es el renovado papel fiscalizador que viene desempeñando el periodismo en muchos países de América Latina. Este tema es igualmente polémico, pues algunos acusan a los medios de comunicación de pretender reemplazar a fiscales y jueces, mientras que los periodistas sostienen que es la debilidad de las instituciones establecidas para controlar la que hace que el público demande crecientemente a los medios que cumplan esa labor. Es un hecho que los gobiernos en varios países tienen relaciones conflictivas con los medios de comunicación que realizan investigaciones y denuncias sobre temas controversiales.

Por cierto, es casi imposible en la actualidad que un gobierno se atreva a establecer la censura previa, poniendo funcionarios en todos los medios para que revisen el material a publicarse. O que simplemente expropian todos los medios, como hizo el régimen militar peruano en 1974. No obstante, los gobiernos han encontrado mecanismos más sutiles y menos visibles, pero tanto o más eficaces para limitar la libertad de prensa. Algunos de ellos son:

- Presiones económicas sobre las empresas periodísticas y también sobre otras compañías del mismo conglomerado o los mismos dueños. A pesar de la ola privatizadora y

liberal, los gobiernos en América Latina siguen teniendo instrumentos poderosísimos para favorecer o perjudicar a las empresas. Un método muy usado es la administración tributaria, que es permisiva con los amigos del gobierno y severísima con los que no lo son. Ahí funciona el viejo adagio, “a mis amigos todo, a mis enemigos la ley”.

- La publicidad estatal es también un tradicional instrumento de presión en la medida en que las leyes para posibilitar una distribución equitativa son escasas o inexistentes. Pero ahora se usa también la presión sobre los anunciadores privados.
- La información privilegiada es proporcionada a los medios complacientes con los gobiernos y negada a los críticos. En países donde la información pública en la práctica es secreta, se convierte en un mecanismo importante para domesticar a los medios.
- El otorgar –y renovar– las licencias para el uso de frecuencias de radio y TV, es una herramienta común para intentar someter a los medios²⁵.
- Las amenazas directas a los periodistas y propietarios, que pueden tener trágicas consecuencias, es un recurso usado por algunos aparatos estatales –sobre todo vinculado a las fuerzas de seguridad– en ciertos países.

Estos son algunos mecanismos usuales, pero la panoplia de los gobiernos para tratar de controlar a los medios parece no tener límite. Recientemente se han presentado algunos casos

25 Por ejemplo, la revista *Semana* de Colombia reveló una conversación telefónica entre dos ministros –Saulo Arboleda y Rodrigo Villamizar– en que hablan sobre cómo y por qué entregar determinadas frecuencias: “va a tener una emisora ciento por ciento de él [presidente Samper], hermano, pues que lo va a apoyar, que lo va a respaldar”. (“Conversación entre ministros”, Edición 798, Agosto 18-25 de 1997).

típicos en América Latina como el del periodista Gustavo Gorriti de “La Prensa” de Panamá y de Canal 2 Frecuencia Latina, en el Perú.

“La Prensa” de Panamá es un periódico fundado en 1980 precisamente para combatir la dictadura militar de ese país, con un sistema de accionariado difundido que buscaba evitar las presiones sobre un propietario y las posibilidades de un acuerdo bajo la mesa entre dueños y gobierno. “La Prensa” se convirtió en un baluarte en la lucha por la democracia y a la vez en un periódico de calidad, el de más circulación e influencia en el Istmo.

En 1996, un equipo periodístico conducido por el Director Asociado de ese diario, Gustavo Gorriti, investigó la quiebra fraudulenta de un banco, Banaico, que perjudicó a muchos de sus clientes. En la investigación se descubrieron vínculos de algunos funcionarios del banco con el gobierno del presidente Ernesto Pérez Balladares, así como la contribución a su campaña electoral de parte de un acusado de narcotráfico, el colombiano José Castrillón Henao. Después de negarlo, el propio Presidente panameño tuvo que admitirlo.

Por esa investigación, Gorriti y el equipo de “La Prensa” ganaron el premio Rey de España. En agosto de 1997 el gobierno panameño tomó represalias contra el diario y Gorriti, al no renovar el permiso de trabajo que, como extranjero, necesita para seguir en su puesto. Aunque el gobierno adujo diversos pretextos legales, como que en Panamá hay más de 300 periodistas que pueden hacer el trabajo de Gorriti o exhumando una ley de la época dictatorial que Pérez Balladares se había comprometido a derogar, es claro que se trató de privar a “La Prensa” de uno de sus más destacados periodistas, advirtiendo a ése –y a todos los medios– de los peligros de realizar investigaciones que pongan al descubierto sucesos oscuros de la administración.

Este ataque a “La Prensa” se produjo cuando el primo hermano del Presidente, Nicolás González Revilla, controlaba

dos de los tres canales de TV abierta, el único canal de TV por cable e importante emisora de radio; y cuando los partidarios de Ernesto Pérez Balladares intentaban cambiar la Constitución para posibilitar la reelección inmediata del Presidente, objetivo en que fracasaron luego al perder un referéndum convocado para tal fin.

En Argentina el fotógrafo Jose Luis Cabezas fue asesinado por obtener una imagen de Alfredo Yabrán, un empresario vinculado a negocios oscuros y varios personajes del entorno presidencial. Cuando las investigaciones condujeron hacia Yabrán, éste se suicidó. El periodista Horacio Verbitsky, autor de numerosas investigaciones sobre corrupción y violaciones de los derechos humanos ha sido procesado y amenazado en varias oportunidades*.

En el Perú el gobierno controló las principales cadenas de TV hasta que a fines de 1996, en medio de un creciente descontento ciudadano con el presidente Alberto Fujimori y su régimen, Frecuencia Latina, Canal 2, que hasta ese momento había tenido una posición completamente favorable al gobierno, realizó un brusco viraje y empezó a difundir, a principios de 1997, reportajes que lo incomodaban. Entre éstos estaban algunos que demostraron que una agente del Servicio de Inteligencia del Ejército (SIE) había sido torturada en el sótano de su institución por sus compañeros, debido a una presunta filtración de los planes del SIE para atentar contra periodistas críticos y políticos de oposición. Y que otra agente acusada de lo mismo fue torturada, asesinada y descuartizada. El Canal 2 también propaló un reportaje donde se revelaban los injustificados ingresos millonarios de Vladimiro Montesinos, el jefe real de los servicios de inteligencia y el verdadero poder en el Perú.

* Nota del editor. Ver en este volumen "El Pacto de San José, constitución de los derechos humanos para los Estados partes", de Horacio Verbitsky.

El propietario de la estación de TV, un ciudadano israelí nacionalizado peruano hace muchos años, Baruch Ivcher, fue despojado de la nacionalidad peruana por una resolución administrativa, cosa prohibida por la Constitución. Al perder la nacionalidad, Ivcher no podía seguir siendo propietario de Canal 2 porque la ley exige que los dueños sean peruanos. Los accionistas minoritarios del Canal 2, que ostensiblemente se manifestaron partidarios del gobierno, se hicieron de inmediato del canal en un proceso judicial amañado. A partir de allí esa cadena se convirtió en gobernista ciento por ciento²⁶.

En Guatemala está el caso de “Crónica” una revista semanal presionada por el gobierno de Alvaro Arzú. Según “Crónica”, un medio crítico del gobierno, Arzú pidió a empresarios simpatizantes con su gobierno que no otorguen publicidad al semanario, aunque el gobierno lo niega. De hecho, la publicidad contratada en sus páginas sufrió una reducción del 80 por ciento desde el segundo año de gestión del actual mandatario. En febrero de 1998 se hizo público que un vocero oficial distribuyó por escrito la orden tajante que prohibía a cualquier institución del Estado comprar espacio publicitario en la revista o aun suscribirse, y pedía a los funcionarios que no se le concediera ninguna entrevista exclusiva a los periodistas que trabajaban en ese medio²⁷.

En muchos otros países de América Latina pueden encontrarse situaciones similares, incluso en países desarrollados, como los Estados Unidos. Las diferencias las marcan los diversos niveles de extensión de la democracia y las distintas capacidades de las instituciones para actuar con independencia. Donde existen instituciones autónomas –Poder Judicial, Congreso, etc.– y sociedades civiles relativamente fuertes, los in-

26 Ver Vargas Llosa, Alvaro, *En el reino del espanto*. Grijalbo, México, 2000.

27 Font, Juan Luis (director periodístico de “El Periódico”, de Guatemala), “La larga lucha después de la paz”. *Pulso*, Miami.

tentos de los gobiernos para acallar a los medios de comunicación críticos no prosperan. Ejemplar es el caso Watergate (1972-1974), donde el presidente Richard Nixon trató por todos los medios de silenciar la investigación del *Washington Post*, recurriendo a mecanismos legales y extra legales. Pero a pesar de su enorme poder, no pudo hacerlo y, al final, tuvo que renunciar al comprobarse la veracidad de la investigación periodística. Pero si eso ocurrió fue porque existían instituciones fuertes y autónomas²⁸.

En suma, en los últimos años los medios de comunicación y los periodistas independientes están desempeñando un papel muy importante en la fiscalización de los gobiernos, rol que ha crecido al mismo tiempo que cundía el descrédito en los partidos políticos y otras instituciones de la democracia. Ese hecho a su vez, ha reforzado la propensión de algunos gobiernos a intentar silenciar a los medios a través de mecanismos sutiles pero eficaces.

Existen, sin embargo, enfoques distintos. Un reciente estudio comparativo presenta un panorama diferente. Según Hans Mathias Keppliger

los datos que llegan desde los Estados Unidos y Alemania permiten concluir que la publicación en forma de escándalo de las irregularidades es una de las razones del creciente hartazgo respecto de la política que evidencia la población. [Y agrega que es falso] que las denuncias sobre abusos cometidos por figuras públicas en forma de escándalo pueda fortalecer la fe en la vigencia de las normas y la confianza en las instituciones afectadas... Más bien promueven la desconfianza en las instituciones afectadas, además de fomentar el grado de apatía y resignación en lugar de incentivar un mayor compromiso político de la población²⁹.

28 Ver por ejemplo Bradlee, Ben, *La vida de un periodista*. El País, Aguilar. Madrid, 1996.

29 Keppliger, Hans Mathias, "Escándalos y desencanto frente a la política", en: Josef Thesing y Frank Priess (Editores), *ibid.*, p. 132.

No se conocen estudios empíricos específicos en América Latina que comprueben o refuten esa aseveración.

* * *

En conclusión, parece claro que las relaciones entre la política y los medios de comunicación están cambiando rápida y radicalmente. Los partidos y los políticos tienen que adaptarse a la revolución de las telecomunicaciones y actuar en este nuevo escenario, y entender que la demanda de la población hacia los medios para jugar un papel fiscalizador tiene que ver con fallas del sistema político.

Por el lado de los medios es necesario asumir con responsabilidad el creciente papel que vienen desempeñando en la vida política de los países, redoblando los esfuerzos por realizar investigaciones veraces y escrupulosas, pero al mismo tiempo evitando la tendencia a erigirse en jueces que decidan sobre lo bueno y lo malo, lo correcto e incorrecto. Y actuar con responsabilidad respecto a las debilidades y limitaciones de los partidos y de las instituciones democráticas, que muchas veces son sometidas a críticas y denuncias estridentes, que en lugar de contribuir a superar las deficiencias, propician el resurgimiento de corrientes autoritarias que precisamente buscan liquidar la democracia.